

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Irreverencia ayer, insolencia hoy

Hay veces en que un espectáculo liviano y aparentemente intrascendente nos provoca reflexiones que no surgen igual de sesudas lecturas o de pretensiosas obras dramáticas.

Cuando el verano pasado supe que Irene Domínguez, nuestra excelente pintora que vive en París, estaba en Chile y ofrecería en el Instituto Chileno Francés de Cultura un acto en que cantaríamos tangos, me prometí no perderme tan insólito espectáculo. Me encontré con Irene en Isla Negra y le pedí detalles sobre lo que haría. "Es sólo para chacotear -me aseguró. -No es nada serio".

El día del estreno, el público estaba compuesto mayoritariamente por gente madura. Irene y su amiga noruega, también de nombre Irene, cantaron tangos, ridiculizándolos con cariño e hicieron pequeños sketches en el mismo tono. El público no paró de reír y aplaudir. Fue una velada alegre, pero también nostálgica. Creo que muchos de los presentes evocaron, igual que yo, reuniones de nuestra juventud donde nos regocijábamos haciendo imitaciones satíricas e irreverentes de expresiones artísticas o de personajes de la vida nacional a los que, sin embargo, respetábamos y queríamos. Sí, éramos irreverentes, pero nuestra irreverencia era un testimonio del aprecio que sentíamos por lo que pretendíamos ridiculizar, igual que la blasfemia denuncia la formación religiosa de quien la dice.

Al terminar el espectáculo, una ovación selló la función y los espectadores permanecieron en la sala en un clima de fiesta, pues Irene nos había devuelto una de las sanas diversiones de nuestros tiempos jóvenes.

Entusiasmado por la experiencia, decidí volver a ver el espectáculo unos días después. Esta vez el público era mayoritariamente juvenil. En el escenario, las dos Irene hacían lo mismo que había regocijado tanto al público del estreno, pero ahora la reacción no era la misma. Donde antes se producía la carcajada ahora apenas una sonrisa condescendiente. En vez de la ovación final, unos fríos y corteses aplausos.

Durante todo el tiempo que ha transcurrido desde que vi ese espectáculo, he tratado de explicarme la diferente reacción de dos públicos compuestos por generaciones diferentes, hasta llegar a la conclusión de que los jóvenes de antes éramos irreverentes y la juventud actual es insolente.

Ser irreverente implica que existe algo que reverenciar y la reverencia encierra ejemplo a seguir, admiración y amor. Pero



hoy, ¿qué es digno de ser reverenciado? Si extrapolamos los tangos que nos cantó con ironía Irene Domínguez, tangos que nosotros queríamos, porque eran parte de nuestra cultura, con las instituciones y personas que hoy exigen ser respetadas, ¿se han hecho merecedoras de respeto y reverencia? Tengo la impresión de que para gran parte de la juventud actual ni la actividad política, ni el Poder Judicial, ni las Fuerzas Armadas y de Orden, ni aun la propia Iglesia son objeto de respeto, reverencia y cariño. No pudiendo los jóvenes ser irreverentes, no tienen otra opción que la insolencia.

¿No estará en esto, en la falta de paradigmas, de personas e instituciones que, por sus obras, sean dignas de respeto y reverencia por parte de los jóvenes, la raíz de la tan mentada "crisis moral"? Y si así fuera ¿podremos culpar a los jóvenes de ella?

Recordamos con nostalgia los clásicos universitarios de fútbol, en los cuales, junto con el espectáculo ingenuo y grandioso como un cuento de hadas, las barras hacían competencia de tallas. La talla es una expresión de humor que uno se la dice a un amigo, a alguien al cual se tiene afecto. Hoy lo que profieren las barras en los estadios son sólo obscenidades. La insolencia es lo que reina. Pero nos volvemos a preguntar: ¿tienen los jóvenes de hoy otra opción que la insolencia?

Todas estas lucubraciones me las provocó un espectáculo que su creadora me aseguró "era sólo para chacotear; nada serio".

LITERATURA

BRAULIO FERNANDEZ BIGGS

Corazón

Un rapidísimo viaje en tren de Milán a Turín -en definitiva, mi primera estadía en Italia- me hizo recordar y revivir la hermosa novela de Edmundo de Amicis, *Cuore*. Inevitablemente, cada niño que vi en la estación, sobre el tren, en algún lugar del campo durante el viaje o en las mismas ciudades; cada escena del paisaje verde y húmedo, junto con cada rincón de cada edificio y, sobre todo, los tranvías, me trajeron a la memoria las imágenes emotivas del gran Garrone, del señorito Carlos Nobis y del "albañilito", de Franti, Stardi y Garoffi, en fin, hasta del mismo Enrique, héroe de la novela, que de seguro no habría mirado con buenos ojos un apelativo como este.

Y es que aunque en Italia no sobran los niños, mirarla por primera vez con ojos de niño, cuando se ha leído *Corazón* en la tierna infancia, hace casi obligatoria la comparación; más aún, la búsqueda, la exploración, el frenesí por el hallazgo definitivo.

Hay un efecto extraño y poderoso en la literatura. Por una parte están los caprichos del que escribe -de los cuales hablamos hace algún tiempo-, y que tienen que ver con los apetitos creadores del hombre. Pero, por otra parte, los caprichos del lector ocupan un lugar quizá más notable, pues tal vez son aún más personales, propios y dignos del más sublime de los respetos.

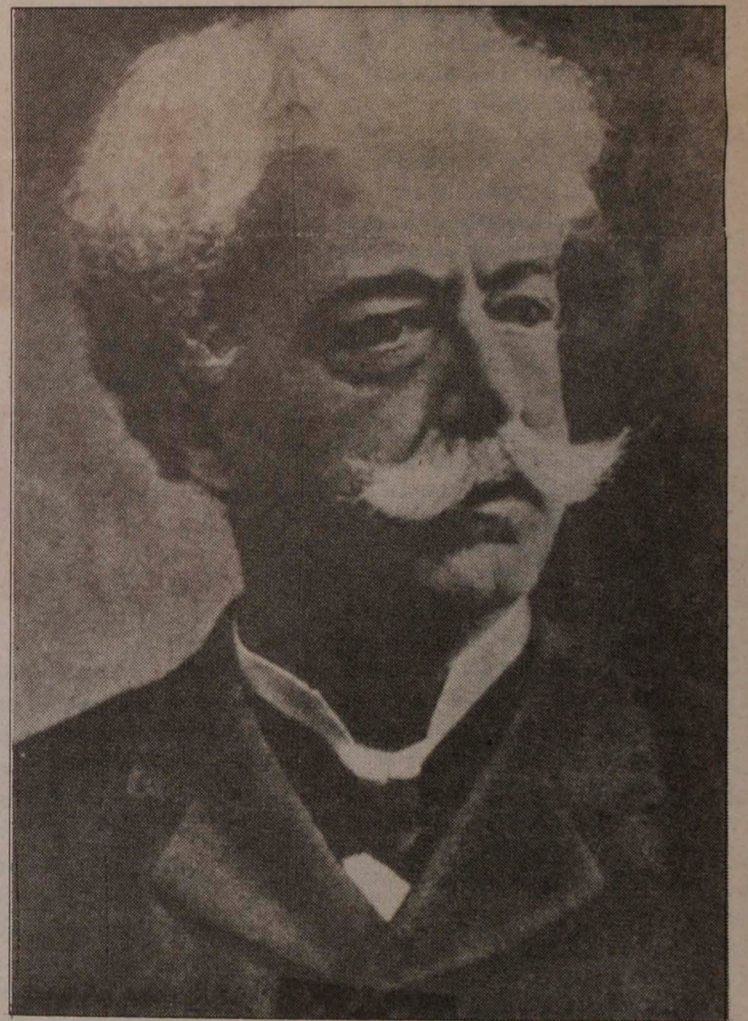
Personalmente, las dos veces que leí la novela de Amicis cuando niño lloré. Viví cada una de sus imágenes como si fueran ciertas y asistí a la escuela de Enrique como uno más de sus compañeros. El señor Perboni fue mi maestro tanto como lo fue para los protagonistas de la novela.

Lo que trato de hacer, entonces, no es una defensa ciega de la novela, sino una defensa luminosa de lo que la novela fue para mí. Poco me importa, a decir verdad, si *Corazón* es una buena o mala novela. Sólo me importa que me hizo llorar dos veces, que determinó en gran medida el devenir de mi infancia y que, muchos años después, al estar con los pies sobre Italia, mucho más que el Quattrocento o el Imperio Romano, mucho más que Bolonia o Miguel Angel, lo que

quise sentir y ver en aquel país fueron las imágenes plenas de *Corazón*.

¿Sentimental? Puede ser. ¿Y por qué no? Nunca han existido ni existirán normas acerca de los frutos de lo que se lee, ni mucho menos del uso que se hace de ellos. Aventuro "peligrosas" consecuencias en este discurrir: una novela no es buena ni mala, ni está bien o mal escrita, sino dependiendo de la opinión del lector. El mejor crítico es cada uno, al tiempo que cada uno es su mejor crítico. ¿Tautología? No, de ninguna manera. Tan sólo la extensión necesaria de algo que, sin pretender convertir en paradigma, sería bastante bueno tomar en cuenta.

En fin, el tren rodaba y rodaba y yo con *Cuore* en mi propio corazón y sobre el paisaje alpino, todos los niños de la escuela Baretto junto a mí en el vagón soñando con volver a casa, sobre cada callecita estrecha de Milán y cada uno de los asientos de tranvía de Turín, el corazón mismo de Italia parándoseme al frente. "Este tipo no conoce Italia", dirán muchísimos, y desde su punto de vista tendrán razón. "No conozco Italia", responderé, "no conozco más Italia que la que me hizo llorar de niño; no conozco más Italia que la que conozco y a esa Italia nunca quiero olvidar".



Edmundo de Amicis (1846-1908).

Comerciantes de Patronato

La Cámara de Comercio Patronato-Recoleta se permite hacerle llegar una declaración que refleja el sentir de sus cientos de esforzados socios, para salir al paso de la ruina y tendenciosa campaña destinada a desprestigiar el sector, a fin de eliminar la industria textil y de confección más importante de Chile.

Son falsas, de falsedad absoluta, las imputaciones que nos hacen, por las siguientes razones:

1º La política de libertad, que ha

PALABRA DE
LECTOR

sido el motor de nuestro crecimiento, permite la oferta y la demanda, y a nadie se puede obligar a trabajar si no lo desea.

2º Si los gestores de la campaña recorrieran las calles del sector, verían que solicitamos especialistas en forma permanente, dada la enorme es-

caz de costureras y singeristas. Sería absurdo que si tanto nos cuesta encontrar personal idóneo, después lo despedamos por simple capricho.

3º Nuestras operarias trabajan a trato, vale decir, su sueldo es proporcional a la cantidad de prendas que hagan. Nadie del sector podría pagar un sueldo mínimo, puesto que no encontraría gente capacitada dada la enorme falta de personal.

Esta campaña viene a agregarse a la enorme crisis del sector textil, agravada por la importación de mercaderías subvencionadas, el enorme

perjuicio que causa la ropa usada y la proliferación de los grandes mall.

Queremos dejar establecido que el gran desarrollo que ha experimentado nuestro sector, hoy frenado por todo lo antes expuesto, se basa exclusivamente en la calidad de nuestros productos y esencialmente en lo bajo de los precios, porque, al no tener intermediarios, nuestros artículos se abaratan considerablemente.

Por último, estas informaciones irresponsables han permitido que algunas personas inescrupulosas se

aprovechen de las circunstancias para extorsionar o denunciar a los empleadores en la Inspección del Trabajo, con lo que causan el desencanto de aquellos que tenemos el enorme pecado de dar trabajo a 35 mil personas en forma directa y a más de cien mil en forma indirecta, y que tributamos alrededor de 17 mil millones de pesos al año.

Constantino Carraha Itaim
Presidente de la Cámara de Comercio
Patronato-Recoleta